Allí donde esta Dios, allí hay futuro

Crear una cultura de la vida... en una sociedad inhóspita

Una familia puede ser feliz también en medio del invierno demográfico, proponiendo un nuevo modo de pensar y transmitir la vida, de conservarla, de amarla y velar por su desarrollo. Voy a servirme de las respuestas que daba la profesora de la Universidad de Navarra Jutta Burggraf, Doctora en Psico-pedagogía y en Sagrada Teología, en una de las entrevistas que se le han hecho.

EL ABORTO INFLUYE EN LA SOCIEDAD

Si no se acepta el primero de los derechos humanos –el derecho a la vida–, no hay ninguna garantía que se acepten los demás, P.ej.: el derecho a la libertad, a la seguridad o del reconocimiento de la personalidad de cada uno. Así una sociedad abortista se hace inhóspita. Con el tiempo, reinan la tiranía y la arbitrariedad en todos los ambientes. Es como una enfermedad infecciosa que se contagia.

En cada aborto hay al menos dos víctimas: el niño y la madre, pero en realidad, hay muchas más: el padre (que muchas veces se olvida), familiares, amigos, vecinos, el personal médico y el personal administrativo. De alguna manera, toda la sociedad está envuelta. Y no hablemos de los que invitan al aborto desde distintas áreas de la ciencia, de la comunicación o de la política. Pienso que todos ellos son víctimas, porque quien realiza un mal –directa o indirectamente– sufre un daño mayor que aquel que lo recibe: se destruye interiormente y, en el fondo, se desprecia.

Una sociedad en la que señalizan cada año (oficialmente) más de cien mil abortos es una sociedad con millones de víctimas; es decir, con personas heridas en lo más profundo de su ser, que ya no tienen ni armonía ni estabilidad interior. Nadie puede matar a otro, mirarse después tranquilamente al espejo y decir: "No importa".

La citada profesora Jutta Burggraf refería cómo una conocida escritora, que había pasado por la experiencia de abortar, le confesó: "veo a mi niño en los suelos. Después de este acto hay sólo dos posibilidades: o te embruteces y sigues matando, o te conviertes y luchas por la vida".

LA CONCIENCIA TODAVÍA EXISTE

La conciencia es –según los antiguos– la voz de Dios en nosotros. Se trata de una expresión sencilla y acertada. Dios existe, y nos habla en lo más íntimo del corazón. Si escuchamos su voz, somos conducidos a un camino de luz que, ciertamente, no carece de riesgos y obstáculos, pero aprendemos a llenar las situaciones difíciles de sentido. Dios no nos invita a una vida cómoda, pero está con nosotros en cada momento.

Sin embargo, cabe también la posibilidad de no escucharle, de acallar su voz y preferir el ruido de la calle. Entonces comenzamos a vivir "solos", sin su presencia confortante. En consecuencia, no fundamentamos nuestra vida en la verdad, sino





"Si no se acepta el primero de los derechos humanos –el derecho a la vida–, no hay ninguna garantía que se acepten los demás"